ESPAÑA PINTORESCA.

LAS BATUECAS.

(Artículo tercero y último) (1).

Un antiguo templo, desnudo de todo artificio y de riqueza arquitectónica, se eleva sencillamente en uno de los ángulos del espacioso edificio. Sus paredes oscuras y desiguales, su techumbre altísima, ojiva su entrada, y tosco é irregular en todas sus dimensiones.

El tiempo ha gastado la trabazon de sus piedras, que aparecen descarnadas y como si pretendieran desasirse unas de otras y convertir el templo en un monton de escombros.

Si penetramos en el interior las encontramos vestidas de un color blanquecino que rechaza algun rayo de claridad desprendido como al acaso de una cúpula elevada, cuyas rejas y cristales dibujan en las bóvedas mil sombras confusas.

Un silencio imponente reina en todo aquel triste recinto, el cual se interrumpe tan solo por el bronco compas de las pisadas sobre el pavimiento de madera mezclado con el sordo rumor de las cascadas, y de las hojas de tantos árboles movidas por el aire.

A la derecha se descubre un altar negro de madera, desprovisto de relieves dorados y de pinturas y adornos. No tiene mas que un grandísimo cuadro, cuyas tintas estan ya algo confundidas y cuyo marco sencillo contrasta con el resto del altar por su natural y fácil construccion. En frente de este está el coro, que consiste en algunas sillas de brazos toscas y pesadas que han enclabado junto á la pared, y con esto queda hecha la descripcion del esterior y del interior de esta iglesia.

Desde lejos se ve descollar este rudo edificio sobre el fondo de tintas variadas que se producen en el horizonte, y en el invierno socaban sus paredes los infinitos arroyos que se desploman de las montañas coronadas de nieve. Este debe de ser un espectáculo magnífico, porque el clima del interior del valle es acaso el mas templado de toda la península, acercándose mucho al de los paises que estan ya debajo de la línea, y

(1) Véanse los anteriores en el Semanario del 21 de marzo y 14 de abril.

por otra parte es tan intenso el frio en las montañas inmediatas, qu se hace muy difícil, sino imposible, doblarlas pasado el mes de noviembre en que empiezan á cubrirse de nieve y de una densísima niebla; de lo cual procede la gran diferencia que se encuentra en la vejetacion en el espacio de una legua. Será de admirar por consiguiente el efecto simultáneo de un contraste tan poco comun, dispuesto de tal modo por la naturaleza que se pueda abarcar con la vista en toda su estension, bien que el entendimiento no llegue á comprenderlo.

El convento se divide en largos y ventilados corredores, los cuales dan entrada por uno de sus frentes á las celdas, y por el otro dan vista á alguno de los jardines de que se ha hablado en los artículos anteriores. Las puertas de estas celdas están forradas de láminas de corcho, y encima de cada una hay clavada una cruz de la misma materia. Esta celda podria parecer sin gran violencia, el nicho del individuo que la ocupó, y como nada es mas ajeno del que vistió sayal mientras oprimia con su huella las losas del sepulcro, que condecorarse con inscripciones despues de su muerte, he ahí por qué eleba una cruz tosca en el frente de su silenciosa morada, signo mas elocuente que las doradas inscripciones y los grupos alegóricos, porque estos hablan á la vista ó cuando mas al entendimiento, aquel habla directamente al corazon.

En el interior de las celdas se ven las paredes de piedras y de barro como son; nada de cal, nada de reboque. Doce pies cuadrados es la estension de cada celda, y por todos muebles contiene una estrecha tarima, una mesa, un banquillo y un cuadro en la pared. En frente de la entrada suelen tener una escalerita que baja á un jardin de diez pies de largo sobre ocho de anchura, aunque estas distancias no tienen una exactitud matemática.

Cuando estaban habitados estos lugares, cada monje se encerraba en su departamento y no salia de él sino en las horas en que el triste sonido de la campana le llamaba á la oracion. Exceptuando estos casos pasaba la vida en su celda alternando en los trabajos de espíritu con otros corporales, que consistian en el cultivo del jardin de que hemos hablado.

Ninguna voz humana turvó el silencio misterioso de este retiro, nunca repitió el eco ningun sonido articulado; el uso de la palabra se empleaba en la oracion y solo en la oracion; si alguna vez se encontraban en un cláustro dos ó mas individuos, cruzábanle silenciosamente, y sin alzar la vista se retiraban á sus celdas. ¿No era este un verdadero cementerio?

Cuando se entra en la iglesia del convento, y en general cuando se pasea por todo el recinto de la vega, no se deja de percibir ni un punto un ruido bronco como el que producen las aguas de la pesquera, y habiendo querido averiguar la causa que lo produce, comenzamos á atravesar terreno en la direccion que sonaba hasta que pudiesemos averiguarla con certeza. Hay dos objetos que lo producen: un canal de aguas que se desploma desde lo mas alto de las sierras lamiendo á trechos las pizarras que hay en la misma direccion, cayendo otras de golpe y formando como globos en el aire, que luego se estrellan impetuosamente en el suelo con un ruido desigual, y rechazando mil gotas de rocio contra los árboles y piedras inmediatas; el otro es una pequeña catarata. En uno de los artículos anteriores se hizo mencion de un arroyo que movia los molinos de pan y de aceite, y que luego se estendia mansamente por la vega. En esta incursion toma mucha agua, en términos que al descenso tiene ya ocho ó diez varas de anchura. En el confin de la vega cercada por los carmelitas, hay un trozo que no tiene mas cerca que un peñasco al nivel del piso por el lado interior de la cerca, tajado y alto de seis varas por lo menos de la parte de afuera. El rio ha formado el cauce de manera que viene á pasar precisamente sobre el peñasco, y al llegar al punto en que este está perpendicular como si hubiera sido dividido con un instrumento cortante, cae al otro lado con furioso estruendo, y es tal la fuerza con que se precipita que abre paso en el altísimo fondo de agua que encuentra á su descenso.

Por lo demas tambien hay inscripciones en las Batuecas como en *Jumieges* y en la *Alhambra*. Cada uno ha procurado traducir sus emociones en algunas palabras, y es muy curioso ver lo que ciertas gentes sienten en circunstancias dadas. Otros se han contentado con poner su firma, y otros con grabar una cruz ú otro signo en la corteza de un árbol.

Para que pueda formarse una idea de las sensaciones que han producido en algunas personas la contemplacion de estos parajes trasladaremos aqui algunas de las inscripciones mas notables.

Cerca de la iglesia, por ejemplo, en frente de los altares que ya hemos descrito, hubo alguno que sorprendido por la agradable convinacion de unas capillas tan toscas con el ameno y varisdo jardin, por el aspecto selvático y oscuro de las montañas, que parecen ascender desde nuestras mismas plantas y perderse en las nubes, y en fin por la opacidad de un cielo sombrio y triste no pudo ser insensible á un efecto tan nuevo y quiso formular las agradables emociones que esperimentaba su alma. Aqui pensó, alzó la vista, quedó inmóvil, martirizó su fantasia, reclinó la frente, sudó, y en fin escribio en la pared estas sublimes palabras

«Todo es admirable!!!»

y detras fue colocando ocho ó diez admiraciones.

Otro hubo que miró las cosas de diverso modo. Hay ciertos hombres que no pueden comprender nada fuera de las obras de Voltaire ó de Rousseau. Todo lo amoldan á aquellas situaciones, en cada cosa que ven no encuentran sino un comentario ó una variacion de los casos previstos por aquellos filósofos. Todas sus ideas pasan por un tamiz, y es necesario acomodar á el hasta las impresiones del momento; trabajo ímprobo á la verdad. De este número debia ser el que escribió:

«¿Quién no cree ver aqui á los amantes de Saint Preux?»

Y ciertamente que tendria qce ver la delicada *Julia* trepando por aquellos riscos.

En fin, no ha faltado algun profano que haya sentido otra clase de inspiraciones y menos idealismo y ha escrito en un bosquecillo precisamente en la pared de una ermita:

«Una hora aqui con M.... y despues morir.»

¡O profanacion! jóven de este siglo debia de ser el tal que tenia un modo tan zurdo de mirar los objetos sagrados.

En otra parte se leia:

«No he tenido tiempo de improvisar porque me estan aguardando para comer, pero pondré mi firma».

Y firmaba en efecto.

En fin, en el portal de la hospederia habia versos. ¡*O felice il trovamento*! ¡versos, versos en las Batuecas! y creiamos nosotros que á nadie habria ocurrido

tal cosa desde que al fundador le dió la humorada de escribir los de los altares. Hay que tener presente que ni los alemanes ni los franceses penetraron en tales parajes cuando las guerras de sucesion, ni penetraron los soldados de Napoleon en 1808, ni han penetrado los facciosos, ni penetró el cólera, ni la fiebre amarilla, y sin embargo ha penetrado la *pnetico-mania*. Peor que todas aquellas cosas juntas debe de ser cuando no han valido contra ella las circunstancias que han librado á las Batuecas de las otras plagas. El hecho es cierto aunque la consecuencia es triste, porque si tal es su calidad ¿quién podrá guarecerse de ella? Bien pueden ocuparse los médicos en discutir sobre si es epidémica ó contajiosa, porque pensar en curarla será disparate. En cuanto á los que no seamos médicos no nos queda mas recurso que irnos muriendo de desesperacion.

Pero vamos á los versos:

«Salud, ó cenobita, en el desierto
Ampara á aquel viajero, hospitalario
Que por venirte á ver rendido y yerto
Ha sufrido las penas del calvario.»

Una de las cosas que mas halagan en el bello paisaje que despliega este horizonte, es la infinita variedad de objetos de tantas y tan diversas formas, que mas parece que han sido aglomerados por la mano de un hábil pintor que el que sean efecto de la naturaleza. Desde la primera vez que se tiende la vista por la vega se descubren varias *ermitas* edificadas ya encima de un tajado peñasco, ya en la pendiente de una sierra, bien á la orilla de un arroyo, bien al borde de un precipicio, todas concentradas en pequeño espacio, y presentando todas unas mismas proporciones.

En tres épocas del año tenian los monjes facultad para retirarse á ellas, mas como la vida de *ermitaño* tiene un escesivo aumento en el rigorismo de la vida ascética, no se obligaba á ninguno á que la sufriese, sino que se permitia á quien quisiere abrazarla voluntariamente y á fin de que la ocupacion fuese metódica, alternaban en ella todos los monjes del convento. Duraba tres semanas, en las cuales el ermitaño no debia comer ninguna vianda caliente, los viernes debia comer solo legumbres, y en fin debia prolongar diariamente las horas de rezo mas de lo acostumbrado.

Los comestibles se le llevaban diariamente del convento, y si algo sobraba tenia que devolverlo; si necesitaba algo se lo avisaba al *cuervo*, y este le presentaba una tablilla en que estaban escritos los artículos de lo que se le podia llevar, cada uno con una cuerda pendiente. El ermitaño examinaba la lista y tiraba de una de las cuerdas por la cual entendia el conductor cuál era el artículo que necesitaba, y por este medio se comunicaban entre ellos sin tener que hablar.

Las ermitas tienen su nombre particular cada una, aunque poco se diferencian unas de otras en su construccion esterior ni en su distribucion interior. He aquí á lo que se reducen. En primer lugar es de esencia que la puerta tenga embutidos de corcho, mas ó menos grandes, mas ó menos groseros; en algunas hay una estrella, en otras una cruz. Encima de la puerta está la campana que sirve para anunciar al desierto las horas en que el ermitaño comienza sus oraciones: asi se oye tocar pausadamente en las oscuras noches de marzo, y el eco que repite el lento sonar de las campanas de todas las ermitas á la vez, reproduce los sonidos infinitamente ó interrumpe con tan triste clamor el sueño apacible de la naturaleza. Pasado el humbral hay á la derecha una capilla, á la izquierda un pequeño cuarto con un balcon de madera, y en el frente un estrecho departamento para depósito tal vez.

Hay una entre todas las ermitas, una que no puede menos de llamar la atencion con mas particularidad que las otras, y de provocar al mismo tiempo la reflexion y el sentimiento con una fuerza irresistible. Está construida en el tronco de un árbol: parece que el cenobita del desierto se complace en estrechar y en aproximar la habitacion que ha de ocupar durante su peregrinacion en el mundo, á aquella que le espera despues de haberla concluido. Asi cercado de flores y elevándose debajo de una bóveda de frondosos castaños, se vé un corpulento árbol tronchado por el nacimiento de las ramas, cuyo lugar está cubierto por otras secas y colocadas horizontalmente de tal manera, que las puntas cuelgan por los lados y forman con las hojas amarillas un feston desigual que abraza todo su ámbito. El interior de este tronco está hueco y se penetra en él por sus arcos, de una vara de altura, que tiene cortado en su parte inferior y al cual sirven de puerta por la parte de afuera unas tablas que giran sobre goznes. Delante de ellas hay un portalillo, correspondiente en magnitud á la capilla que adorna, y forrado por dentro de tablas de corcho. Encima de la puerta hay un cráneo humano y dos huesos incrustados en el tronco, y al abrir la puerta para entrar se leen estas terribles palabras:

MORITURO SATIS.

En las tablas de corcho se vé la siguiente décima manuscrita.

«Quien piensa en la muerte atento
Fácilmente menosprecia
Palacios que el mundo aprecia
Con tan vano lucimiento!....
En este humilde aposento
Se siente de Dios el toque,
Que no hay cosa que provoque
A tan útil desengaño,
Como ver á un ermitaño
Que vive en un alcornoque.»

—¿Y vivió en efecto algun hombre en esta ermita?

—(1) El padre *Acebedo* era capitan de guardias españolas á principios del siglo actual. Las relaciones de su casa y mas que todo su valor, le habian colocado en una situacion en que podia ver una carrera brillante abierta ante sus ojos en un horizonte llano y sin tropiezos. No se averigua la causa porque se decidió tan pronta como inesperadamente á abrazar la vida monástica y á abandonar la carrera militar en que tan brillantes laureles podia prometerse. Era jóven de 22 años, y como es la edad del amor, no falta quien asegure que no pudo resistir á la violencia de una pasion desgraciada; pero bastaba que este hecho histórico tuviese principios romancescos para que se le quisiese hacer pasar por los trámites inalterables de un argumento de novela.

En esto no disputo, lo que se sabe con evidencia es que el P. Acebedo necesitó valerse de todas sus relaciones y de cuantos resortes pudo tocar para que se le admitiese entre los monjes de este desierto. A los 22 años hierve la sangre y no siempre obedece el juicio á los consejos de la razon y al conocimiento de un maduro raciocinio; mas jeneral es que siga ciegamente el impulso de una voz apasionada del corazon ó que se deje arrastrar por una imaginacion fogosa. En ambos casos peligra la consecuencia en una determinacion que ha de durar largos años y no es prudente infernarlos

(1) El hecho que aquí va á citarse es igualmente cierto y se puede comprobar.

en la mas cruel desesperacion. Esta es la causa porque no se permitía la entrada en esta severa orden al jóven Acebedo, y solo el influjo y circunstancias personales del sugeto que medió, pudieron conseguir que se cometiera esta rarísima escepcion.

Apenas entrado en el convento admiró á todos por su constancia y exactitud, dando cada dia pruebas de que habia acertado con su vocacion. Vino entre tanto la guerra de 1808 y todos los frailes se retiraron de estos lugares, ya porque unos quisieron empuñar las armas, ya porque temiesen otros á los soldados de Napoleon que sin embargo nunca llegaron aquí. El P. Acebedo se quedó solo habitante del desierto y durante los seis años que luchamos contra el usurpador ni un solo viviente interrumpió sus vijilias.

Concluida la guerra se retiró á esta ermita en donde ha vivido mas de 20 años asistiendo sin embargo á los oficios religiosos. Hoy hace ocho dias cabalmente que murió en este mismo sitio á resultas de una enfermedad crónica que su método de vida le habia ocasionado.

Era ya muy viejo; su barba caia hasta la cintura y estaba tan consumido que la piel de su cara parecia pegada en una calabera. Si entrais algun dia en aquella iglesia vereis una pizarra movida del pabimento y tierra esparcida al rededor; alli debajo reposa el ermitaño. Esta es la habitacion que ocupó, la cual ya no volverá á ver un cenobita arrodillado y velando silenciosamente en frente de un crucifijo las horas largas de la noche.

La memoria del P. Acebedo producirá siempre en nosotros una idea melancolica, pero mezclada de recuerdos tan dulces, que lejos de ocasionar sentimiento será un consuelo mas en estas lúgubres moradas. Asi, cuando un hombre pensador recorre estos parages y se detiene á contemplar esta ermita, una nube de melancolía se desploma sobre su imaginacion, y una lágrima ardiente que rompe la losa y llega hasta las cenizas de *Acebedo*, se resbala involuntariamente en su mejilla.

J. Arias Giron.

Una ermita en las Batuecas.

COSTUMBRES VALENCIANAS.

MOROS Y CRISTIANOS.

La reconquista de España dejó impresa en el alma de nuestros antepasados una idea de gloria, que se ha trasmitido á nosotros con la misma fuerza y entusiasmo con que la adquirieron aquellos testigos oculares de las mayores proezas. Muchas poblaciones celebran con pública alegria el momento feliz en que las banderas cristianas triunfaron de las moriscas, y les devolvieron la deseada libertad; pero entre todas, ningunas se entregan con mayor placer á estos recuerdos que varias de las valencianas. Alcoy, Onil, Benajama y otras muchas solemnizan el célebre dia con fiestas anuales á que dan el nombre de *Moros y Cristianos*; pero ninguna sobresale, ninguna se esmera tanto como la pequeña

villa de *Biar*, famosa en la provincia de Alicante, mas aun que por la riqueza é industria y aplicacion de sus habitantes, por la fiesta que vamos á describir.

Es inesplicable el júbilo con que el económico y laborioso valenciano se entrega á ella, y la generosidad con que consume en tres dias los ahorros de una anualidad de trabajo: mas tambien puede decirse que esta fiesta es la mas propia de su caracter, y que durante ella vive en su centro, porque verdaderamente los valencianos nacieron para el bullicio y la agitacion.

El mes de mayo se aproxima, y ahora, en este mismo instante en que escribimos, el vecino de Biar ya se atormenta en discurrir sobre la fiesta venidera; ya registra el pesado arcabuz, encarga al polvorista la mecha, compra las municiones, forja los cartuchos, visita los pueblos comarcanos, convida á los amigos, va y viene á la alfareria á ver construir *la cabeza de Mahoma*, y espera con indecible ansiedad la llegada del *diez de mayo*. Las valencianas igualmente agitadas, componen sus graciosos trages, compran las blancas y bien tegidas alpargatas, ó las trabajan con sus manos, las adornan con cintas correspondientes, y al mismo tiempo preparan la cal, blanquean su curiosa morada, y para obsequiar á los futuros huéspedes hacen *orejetas*, *almojavanas*, *sequillos*, y otros dulces caseros, y tuestan cañamones y garbanzos, ó los compran de los que egercen este ramo de industria.

Entre estas fatigas los alcanza el tiempo, y la campana de la iglesia parroquial anuncia que el momento es llegado; la fiesta va á principiar, y el vecindario dividido en dos bandos forma comparsas de moros y cristianos: cada partido elige sus gefes entre los jóvenes de las familias mas notables, y la bandera de Aragon se ostenta en los balcones de la casa del capitan de cristianos, interin el pabellon morisco distingue la que habita el capitan sarraceno. La comparsa de árabes viste regularmente á la africana; la de cristianos usa del trage del dia, llevando por toda distincion un ramo de flores en el sombrero: el alferez y sargento visten casaca y sombrero de tres picos, distinguiéndose por vistosas bandas de seda, y el capitan se adorna con un magnífico trage á la antigua española. El primer dia de la fiesta es poca la concurrencia de forasteros. El clero y el ayuntamiento de Biar seguidos del vecindario marchan á la preciosa ermita que á corta distancia del pueblo tienen dedicada á la Virgen de Gracia, patrona de la villa, y conducen la imagen en devota procesion á la iglesia parroquial. Durante la carrera las comparsas de moros y cristianos hacen salvas repetidas, disparando por parejas los sonoros arcabuces, secundados por los gefes, que llevando dos cargadores, cuyo oficio es presentarles el arcabuz ya montado, disparan continuamente. La procesion se termina, y una vistosa funcion de pólvora da fin á la diversion del dia.

A el amanecer del siguiente todo el pueblo se pone en movimiento. Las afanosas valencianas no descansan un instante, y apenas tienen tiempo para cumplimentar á los huéspedes que llegan, y disponerles la comida y la morada. La mañana la pasan en estas ocupaciones, al tiempo mismo que los hombres asisten á una magnífica funcion de iglesia, y los moros y cristianos se divierten en pasear por las calles haciendo fuego, precedida cada comparsa de un niño vestido de angel, que con una pequeña rodela en la mano sirve de blanco á los tiros de los gefes, dando una vuelta ligera apenas ve disparado el arcabuz. A las tres de la tarde principia la verdadera fiesta.

En medio de la plaza se levanta un castillo de madera. El pabellon aragones tremola sobre sus almenas, y la comparsa de cristianos lo guarnece para defenderlo. El numeroso concurso de vecinos y forasteros yace en el mayor silencio, y espera con afan el sonido de un clarin anuncio de la llegada del ejército morisco. Se oye por fin, y aparece un grupo de espias vestidos del modo mas ridículo y asqueroso, conduciendo un compas y un telescopio, con los que aparentan practicar un reconocimiento. Los ademanes y contorsiones raras y estraordinarias de estos graciosos de la fiesta, producen en el vulgo una risa descompasada, pero en medio de ella es notable la seriedad de los espias, que trabajando por hacer reir nunca se rien, graves hasta lo sumo trabajando por el placer ageno, ellos se atormentan por no gozarlo.

A esta farsa de payasos sigue el alferez morisco. Montado sobre un brioso caballo y con los ojos vendados llega hasta los muros del fuerte y entrega al capitan español un pliego intimándole la rendicion. El valiente cristiano lo lee, se irrita, lo rompe y lo arroja al portador; este vuelve desesperado, y con sus ademanes de furor pone fin al primer acto.

Suena de nuevo el clarin, y el capitan sarraceno aperece en un caballo escoltado con alguna tropa: pide una conferencia al gobernador del castillo y recita en alta voz una mal forjada relacion á que se dá el nombre de *embajada*. Blasfema repetidas veces del nombre de la virgen, y concluye ordenando la rendicion de la plaza. El valeroso cristiano le responde de un modo análogo, y proclama con frecuencia el nombre de Maria, que el pueblo repite lleno de entusiasmo. Los españoles no quieren rendirse, el moro se irrita y ordena el asalto. La plaza se inunda de guerreros; los cristianos son vencidos, el castillo es tomado y abatida la bandera de la cruz, se levanta en su lugar la triunfante media luna. El fuego cesa, y los árabes se complacen en la victoria, entregándose los espias á los gozos de la embriaguez.

Mas el árabe feroz aun no está satisfecho; ha vencido á los cristianos, quiere insultar al cristianismo. Mahoma va á ser conducido á la plaza espugnada, y la comparsa morisca marcha en su busca. Se oye una desagradable música, y en un carro de triunfo llega Mahoma festejado por los espias. El célebre profeta viene representado por un viejo pantalon y una desgarrada chaqueta henchida de paja; su cabeza que es de barro presenta las facciones mas horribles, y va llena de pólvora llevando en la boca un cigarro, que debe servir para terminar la funcion del dia siguiente. Mahoma es subido al castillo entre las mos ridículas demostraciones de alegria, y atado á un palo queda patente al pueblo en una de las almenas.

Terminada la escena, el pueblo se divide para entregarse á los bailes, y vista por la noche una fiesta de pólvora se prepara con el descanso para las diversiones del dia siguiente.

Llegado este se pasa la mañana en las mismas ocupaciones que la anterior; pero á las tres de la tarde la escena pasa de un modo enteramente contrario. Los árabes guarnecen el fuerte; el concurso es el mismo, pero los vecinos de cada pueblo ocupan un lugar diferente. Los de Biar y algunos otros se esparcen indistintamente por los costados de la plaza; los de Villena se colocan á la derecha del castillo, la izquierda esta ocupada por los de Castalla. El ejército español da el ataque; su capitan recita la embajada recopilando las glorias del pais, y resistiéndose los moros á la entrega, se ordena el asalto. El castillo es vencido; sus defensores huyen, y los gefes de ambos bandos se baten cuerpo á cuerpo en la última plaza. Interin los

cristianos rinden á los moros, uno de los espias enciende el cigarro que Mahoma tenia en la boca, y todo el concurso volviendo la espalda al castillo, bajando la cabeza, y presentando las asentaderas al odioso profete, espera temeroso el momento fatal. El fuego del cigarro comunica á la pólvora, la cabeza de Mahoma rebienta con el mayor estrépito, y los cascos vuelan causando algunas desgracias.

Inmediatamente sufre el castillo un segundo ataque. Los vecinos de Villena y Castalla se arrojan á él; desatan los restos de Mahoma, y asidos á ellos se disputan á golpes la honra de llevárselos. Vencen los de Villena asi por su mayor número, como por la proteccion que les dispensan los de Biar, y llenos de gozo arrastran los restos mezquinos del odioso profeta por el camino de su pueblo. Biar entre tanto varia de aspecto, y el pueblo devoto se reune en la iglesia para conducir á su ermita la imagen de la patrona entre las salvas de los moros y cristianos, y se ve con alegria la última diversion de pólvora, que le avisa el fin de las fiestas, y le condena á la fatiga y al trabajo.

Las graciosas valencianas, limpias cual siempre lo fueron, y hermosas como las georgianas, son en tales dias el adorno principal de las bulliciosas fiestas. El tamboril y la dulzaina las llama á sus placeres propios, y entre el entusiasmo de las danzas, solo piensan en hacerse amables á sus amantes, y alguna de ellas con poco miramiento de su religion cristiana en complacer y agradar á un feroz y barbudo moro.

N. B. S.

BELLAS ARTES.

ESPOSICION DEL REAL MUSEO.

Primer artículo.

Si los recuerdos de antigua grandeza y poderío, si los trofeos de nuestra gloria nacional fueran suficientes á consolar á un pueblo sumergido en tantas calamidades y desgracias, la magnífica inauguracion del Museo Real en el dia del cumpleaños de la augusta Reina Gobernadora serian un balsamo consolador para adormecer sino cicatrizar tanta y tan profunda llaga como la funesta guerra civil ha abierto en nuestros pechos. Con efecto si se considera el número prodigioso de obras debidas á sublimes pinceles extranjeros que se admiran espuestas para estudio del artista y al recreo del público ¡cuanta gloria nos recuerdan! ¡cuán estensa nuestra antigua dominacion, cuantas victorias en Flandes y en Italia, cuanta grandeza y magnificencia en nuestros monarcas, en nuestros caudillos y magnates en épocas en que la civilizacion europea estaba aun atrasada! Si lo consideramos por las plantas indígenas, por las producciones de nuestros pinceles, el orgullo nacional podia quedar bien satisfecho presentando á todo el globo brillantes testimonios del noble y fogoso genio con que ha dado vida á tantas páginas inmortales, por las que el nombre Español, aun hoy dia resuena con admiracion en las primeras capitales de la culta Europa. Asi Atenas conserva su inmenso prestigio; asi Roma y la patria de Miguel Angel reciben de todo el mundo solemnes tributos de veneracion.

Admirable es por cierto el ver un pais que en medio de tantos desastres prosigue impávido y con ahinco por el camino del adelanto literario y artístico. Difícil seria de creer si no lo viesemos y sino lo demostrase claramente cada provincia y cada ciudad en donde hierve y se anima de dia en dia ese movimiento que tiende á la ilustracion y al adelanto, movimiento tan grande y tan palpable que se deja percibir sin trabajo entre los vaivenes políticos y entre los golpes tan fuertes de las pasiones encontradas. ¿Quién hay que no entrevea la aurora feliz y esplendorosa con que se mostrarian en España las ciencias, las letras, y las artes si llegase á disfrutar de la paz tan suspirada? Estas consideraciones vendrán á la imaginacion de cualquiera al ver algunos establecimientos artísticos y literarios conque se han enriquecido muchas de nuestras capitales y particularmente el Real Museo, que en medio de tantas penurias y atenciones S. M. la Reina Gobernadora ha perfeccionado y enriquecido.... Pero dejemos tantas reflexiones que se agolpan y entremos en este santuario de las artes.

¡Qué impresion tan sublime se esperimenta al solo presentarse á nuestra vista el pórtico y el magnífico vestíbulo trazado por el inmortal Villanueva! Uno se cree transportado á Atenas, ó al inmenso Museo Vaticano. Si noble y grandioso nos parecia antes, ahora tiene un no sé que de regio y de imponente con los numerosos cuadros de que estan revestidas sus paredes y que hacen resaltar sus columnas magestuosas, asi como las del Pórtico de Atenas con las célebres pinturas de Polygnoto ó como las del Panteon de Agripa á traves de sus mármoles preciosos.

En los salones de nuestra escuela nacional no hemos notado inovacion particular ¿pero qué mejora necesita hacerse en un recinto donde existe un cuadro de las *lanzas*, los de los caballos de Velazquez, los de San Bernardo y de San Ildefonso de Murillo y las magníficas tablas de Juan de Juanes? Solo estos bastan para enoblecer un Museo, y son suficientes para representar la Pintura Española con todo el prestigio y grandeza imaginables; pero limitémonos á las extraordinarias mejoras é inovaciones que con rapidez increible gracias al ánimo noble y maternal solicitud de S. M. y al celo y esquisitos conocimientos del digno director Don José de Madrazo acabamos de ver ejecutadas.

Dos clases de preciosas pinturas parece que han contribuido á enriquecer mas y mas el magnífico recinto de que nos ocupamos. Unas son las que estaban desde la fundacion del Museo almacenadas y eclipsadas lastimosamente. En el gran salon del centro, en la sala octógona y corredores adyacentes vemos de esta especie, muchísimos de mérito sobresaliente como son algunos deliciosísimos lienzos de *Nicolas Poussin*, *dos de Claudio de Lorena*, *dos tablas de Alberto Durer*, dos de *Lucas de Leiden*, una de *Lorenzo Lotti*, de *Lucia Anguisciola*, de *Anibal Carraci*, y otras varias que por si solas constituirian una rica é interesante galeria. Otra clase de pinturas que dan inmenso lustre á este regio establecimiento único monumento en la córte de las Españas que recuerde dignamente nuestra antigua grandeza y magnificencia son las que han venido del Escorial; páginas sublimes del inmortal *Rafael*, que hacen caer la balanza de estraordinaria ventaja sobre todos los museos de pintura que existen en Europa. ¿Quién ha visto en un recinto tan corto como el que ocupa el último tercio del gran salon de la escuela italiana seis tablas divinas del mejor tiempo de *Rafael Urbino*? tales son el famoso *Pasmo de Sicilia*, la sublime *Virgen del Pez*, creacion magnífica llena de gracias y perfecciones; ella sola representa á la reina del Empireo, á la madre de un Dios. *La Sacra Familia*, *perla* inestimable del mas hermoso oriente y mas rica que la de Cleopatra. La *Visitacion de Ntra. Sra.*, creacion celestial que toda exala candor y hones-

tidad, y finalmente la *Virgen de la Rosa* y la *Sacra familia* que ya existia; cuadros llenos de encantos y de poesia. Del gran *Ticiano* registra el curioso observador doce magníficas creaciones; una del mismo *Correggio*, el pintor de las gracias; y en fin digno cortejo á obras tan sublimes hacen los lienzos de un *Andrea del Sarto*, de un *Tintoreto*, de un *Bonifacio veneciano* dos magníficos de *Guido*, y de otros insignes profesores.

No ha sido esta la única mejora que hemos notado en el salon; muchos cuadros sacrificados por su mala colocacion han mudado de sitio y se hallan á buena luz y en parage donde pueden los artistas y aficionados copiarlos y examinarlos con toda detencion; finalmente han desaparecido otras telas que de ningun modo merecian comparecer entre las demas, y que degradaban notablemente aquel riquísimo depósito.

La sala de Escuelas Alemana y Francesa se han enriquecido extraordinariamente. Ha llamado nuestra atencion, entre las preciosas y codiciadas obras de *Claudio de Lorena*, uno que representa la *tentacion* de *S. Antonio* en un pais delicioso iluminado por la luna. Es imposible caracterizar mejor su melancólica luz que contrasta admirablemente en una hoguera junto á las figuras. ¡Difícil es figurarse una composicion mas rica y sorprendente con las ruinas de un antiguo Castillo junto á las rocas que azota un rio caudaloso!

Otro lienzo, quizá mas sublime y lleno de poesía es el pais del gran Nicolás Poussin perfectamente colocado en el lado de la izquierda, casi á la altura del espectador. Esta es una de aquellas creaciones que bastaban para calificar de primer paisista del mundo al Pintor de Andelys, y sin embargo su mérito en esto es bien accesorio en comparacion de las historias y poemas en las que nos transporta con su esquisita filosofia y erudicion á paises y épocas muy remotas. Las tablas ya citadas de *Alberto Durer*, las de *Lucas de Leiden* y algunos retratos de *Felipe de Champagne* y de *Mignard* han contribuido notablemente á enriquecer esta sala asi comootros lienzos de una y otra escuela que hemos visto por primera vez y dignas de todo estudio y consideracion.

Réstanos dar una rápida reseña, no permitiendo mas los límites de este artículo, de los cuatro salones bajos que se han abierto nuevamente, dejando para otro dia el hablar de la galería de escultura, que merece un artículo separado. Los citados salones del piso inferior, tanto los del martillo próximo á San Gerónimo como el que mira al jardin botánico, contienen cuadros excelentes y de extraordinario interés para el arte. En el primero, al que se desciende por el gran vestíbulo circular, se observan las pinturas traidas del Escorial, á excepcion de las de Rafael colocadas oportunísimamente en la grande galería, y alguna que otra que necesitaba perentoria restauracion. Entre las primeras debe mencionarse particularmente la descension de J. C. al Limbo, obra del célebre *Fr. Sebastian del Piombo*, cuyos cuadros son tan raros como admirables. Siguen algunas tablas de la escuela alemana de un acabado preciosísimo, entre las que descuellan algunas del famoso *Alberto Durer*, de *Van-heik*, y de *Mabeuse*; hay varias de *Ticiano*, y de *Vandick*, una de *J. Bellino*, de *Pordenone*, de *Antonio Campi*. En la sala interior hay diferentes de *Ribera* y de *Velazquez* con otras de no pequeño mérito é interés. Una Santa M. Magdalena excelentemente colorida, por *Antolinez*, con otras pinturas de *M. Cerezo*, *de Herrera* el mozo, y de *Palomino* etc., sirven de suplemento á los autores que faltaban en las salas de nuestra escuela, asi como las anteriormente citadas sirven á las demas escuelas ultramontanas.

Las otras dos salas bajas del opuesto lado pueden llamarse un magnífico apéndice á los dos soberbios salones de la escuela flamenca y holandesa, expuestos á la pública admiracion de algunos años á esta parte, por lo que nos dispensamos de hablar de ellos. Asi, se encuentran estos en el mismo lado, y solo se nota la diferencia de local, descendiendo pocos tramos de la magnífica escalera que conduce al vestíbulo de frente al botánico. Contiene el primer salon diferentes de las mas amenas y poéticas composiciones del fecundísimo Rubens. Todo lo mas seductor y delicioso de la mitologia, todas las divinidades celestes y campestres ocupan este mágico recinto! Las gracias de Flandes; Diana con sus ninfas; Juno, Venus y Minerva, Latona, Europa, Sátiros, ninfas, driadas y hamadriadas, todas se presentan en mil graciosas actitudes, en aquellos frescos y amenos bosques pintados por *Wildens* poblados y animados por los brillantes y seductores pinceles del pintor de Colonia. El contiguo salon contiene nada menos que diez paises deliciosísimos de *Both*, discípulo y digno rival de Claudio. De otros autores hay cuadros muy curiosos, y entre ellos son notables dos retratos de *A. Moro* y otros diferentes, concluidos con una prolijidad y esmero prodigioso.

Pero no es precisamente por la cantidad de pinturas, casi duplicada á las que habia, el interés y agradable sorpresa que hemos experimentado de poco tiempo á esta parte, es por el número de autores conocidos que han llenado una gran laguna entre los pintores de todas las escuelas, y aunque muchos no estén en ella representados por composiciones que revelen todos los quilates de su genio, siempre es una adquisicion importantísima en un museo ó universidad, donde, no solamente la juventud estudiosa va á alimentarse y á recibir grandes inspiraciones, sino que el amante de todo lo bello, el observador, el aficionado desea ver y comparar todas las producciones del genio, en todos los paises y en todas sus fases y vicisitudes, del propio modo que en ameno pensil ó en un jardin botánico obsérvanse todas las plantas exóticas no lejos de las indígenas, y donde una modesta flor constituye el complemento de una familia numerosa. Por esta razon, entre otras de mucho peso, elogiamos el celo del actual director, en haber colocado, hasta en los mas estrechos corredores, casi todas las pinturas que estaban, tal vez, condenadas á perpétuo olvido, proporcionando asi al público el exámen de muchas bellezas en ellas esparcidas, y enriqueciendo el catálogo de autores de valia cuyos nombres ni aun habian llegado hasta nosotros. Aparte, pues, del interés artístico que ofrecen tantos cuadros de segundo y de tercer órden, hemos visto muchísimos de grande interés histórico. ¡Quién ve sin cierta llama de entusiasmo aquellas acciones y heróicos esfuerzos con que brillaron con tanta gloria en Flandes y en Lombardía nuestros antiguos tercios capitaneados por un duque de Alba, un Don Juan de Austria y un marqués de Spinola, y otros ínclitos caudillos españoles? Cuántos retratos de hombres célebres han salido ahora de la oscuridad! Asi el pintor como el actor, y cuantos necesiten instruirse en los usos, trajes, y costumbres de los tres últimos siglos anteriores, encontrarán contínuas soluciones á las numerosas dudas que ocurren con harta frecuencia, por la absoluta privacion de colecciones de trajes antiguos nacionales, que en otros paises se han multiplicado con increible rapidez.

V. C.

ESTADO DEMOSTRATIVO

DE LAS OPERACIONES DE LA CAJA DE AHORROS DE MADRID

EN EL MES DE ABRIL ULTIMO

Y RESUMEN GENERAL DESDE 17 DE FEBRERO, DIA DE SU APERTURA (1).

MES DE ABRIL.

DIAS DE RECIBO.	CANTIDADES DEPOSITADAS.	NUMERO DE PUESTAS.	NUEVOS IMPONENTES.
Domingo 7 de Abril	23.861	170	34
Domingo 14 idem	26.325	166	34
Domingo 21 idem	20.526	139	23
Domingo 28 idem	20.825	139	14
Total en el mes de Abril	91.537	614	105
Id. desde 17 de Febrero hasta fin de Marzo ingresaron segun el Estado anterior	193.741	1073	488
Total ingreso	285.278	1687	593

REINTEGROS VERIFICADOS.

MES DE ABRIL.

En el Domingo 14	100
En el Domingo 28	140
Total en el mes de Abril	240
Reintegrado anteriormente hasta fin de Marzo.	2660
Total reintegro	2.900

CLASES DE LOS IMPONENTES.

	HASTA FIN DE ABRIL.	EN EL MES DE ABRIL.	TOTAL.
Menores de ambos sexos	145	34	179
Mujeres	97	24	121
Criados	67	8	75
Artesanos y jornaleros	48	7	55
Empleados	47	7	54
Militares	20	8	28
Otras clases diversas	64	17	81
	488	105	593

(1) A fin de dar á conocer á nuestros lectores el movimiento progresivo de la Caja de ahorros de esta capital, en que muchos de ellos están interesados, y en vez de contentarnos con reproducir sencillamente la nota semanal del ingreso como lo hacen los periódicos diarios, nos parece mas propio del género de publicacion que dirigimos el trazar á fin de cada mes un Estado demostrativo de las operaciones de la Caja en todo él, con un resúmen de las verificadas desde el dia de su apertura; á fin de poder formar idea á un golpe de vista de la marcha y progresos de este filantrópico establecimiento.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.